

**ELIPE, Jaime** (2022). *Don Alonso de Aragón, un príncipe con Mitra. Familia, Iglesia y política en la España del Renacimiento*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 358 pp. ISBN: 9978-84-991-665-5.

En España, la bastardía se ha circunscrito a don Juan y don Juan José de Austria. Sin embargo, hay todo un sinnúmero de ilegítimos que apenas ha interesado más allá de referencias puntuales, señaladas más como curiosidad que por su interés histórico. Ese mundo, acotado al reinado de Fernando II, es el objeto de esta sólida investigación, que resulta evidentemente pionera. Jaime Elipe estudia un mundo apenas transitado y tan diferente al nuestro que su estudio supone una aportación incuestionable al conocimiento de los primeros tiempos modernos.

El libro que ocupa estas líneas es la versión dada a la imprenta de la tesis doctoral, *Iglesia, familia y poder en la época de Fernando el Católico: el arzobispo don Alonso de Aragón*, defendida por el autor el 25 de enero de 2019. El título apenas da idea del contenido de la obra. Don Alonso era, entre otras cosas, arzobispo de Zaragoza. De acuerdo con el celibato actual de la clerecía católica, la única familia a la que el título podría referirse es la de sus padres, Fernando II de Aragón y Aldonza Iborra, mujer de la nobleza media catalana. De ser así, apenas habría diferencias con la actualidad. Los hijos fuera del matrimonio han existido siempre. Ocurre que ni el abuelo, ni el padre, ni el hermano de este fueron un dechado de continencia.

El arzobispo tuvo su propia familia con la aragonesa Ana de Gurrea, también de la nobleza media. La ruptura con nuestro tiempo se acentúa cuando el discurso histórico muestra sin la menor estridencia que las relaciones pre y extramatrimoniales, denostadas durante centurias, eran comúnmente practicadas y aceptadas. Don Alonso era a todos los efectos hijo de rey salvo en el derecho de sucesión, del que por su condición estaba excluido. La obra, entre otras aportaciones, permite concluir, y esto es precipitar el discurso, que la moral, una parte al menos, no deja de ser una cuestión coyuntural. La familia y la Iglesia de estos tiempos se parecen poco a la concepción que de las mismas tiene, al menos formalmente, la sociedad actual. El mismo don Alonso fue un personaje poco común.

La obra está dividida en tres partes: La familia, 130 páginas, el personaje, su biografía, 70, y su gestión política, el virreinato, 72. Nada se dice de la mitra porque, en palabras del autor, «esta [la faceta religiosa] fue siempre delegada en terceros y no parece por ahora que tuviera una gran implicación personal en la misma» (pág. 24). La extensión dedicada a la familia, casi la mitad de la obra, exigiría que su condición, la bastardía, apareciera en el título. Además de un acierto hubiese sido un reclamo comercial. En definitiva, el libro se sustenta sobre estos hijos, calificados no hace mucho, de hijos del pecado, de la carne o de la concupiscencia.

La empresa no ha sido fácil. Pertencientes a la nobleza, sus actores ocupaban

en general una envidiable posición social, pero no lo suficiente para dejar registrada documentalmente su trayectoria vital. Incluso pudieron hacerlo y haberse perdido la documentación. De ahí el esfuerzo para reconstruir la familia de don Alonso. En este propósito, el autor ha consultado las crónicas, relaciones y tratados impresos y manuscritos referentes a la monarquía y a los prelados zaragozanos de fines de la Edad Media y primeros años de la Moderna. Ha pasado largas horas en los archivos estatales y regionales. Sabedor de que los principales actos sociales (testamentos y capitulaciones matrimoniales) y económicos eran registrados ante notario, ha recurrido a los archivos de protocolos, que a veces se han constituido en el único medio heurístico. «Sarcásticamente [apunta], es en el momento de la muerte cuando más puede acercarse el historiador a la vida de las personas para estos periodos» (pág. 35). Es inútil apuntar que alude al testamento. El aparato documental se completa con una bibliografía extensa que demuestra el empeño puesto en la investigación.

La obra empieza por la familia. Pero no se trata de una familia más de la realeza o de la nobleza a la que se podría calificar con los acuñados términos demográficos de nuclear o extensa. El número de los miembros y su comportamiento son tales que es necesario recurrir a otro término que dé idea de la realidad ante la que nos encontramos. La familia de don Alonso ha sido definida como el clan de los Aragón. Según la RAE, «agrupación social, inferior a la tribu, formada por un conjunto de familias que

tienen un tronco común y obedecen a un mismo jefe». Quizá en puridad podría ponerse algún reparo, pero entiendo que la elección es la más ajustada para definir el número y comportamiento de las personas que por lazos de sangre y de servicio estaban bajo la responsabilidad y dependencia de don Alonso y en última instancia de Fernando II, que será el factótum del grupo.

No puedo, ni debo, pues carece de sentido, detenerme en la enumeración de todos, ni siquiera de los más importantes miembros del clan, pero sí me siento en la necesidad de mostrar su basamento. Don Juan II de Aragón y de Navarra (1398-1479) tuvo, además de siete hijos legítimos —cinco mujeres y dos varones, Carlos, príncipe de Viana (1421-1461), y Fernando II de Aragón (1452-1516)—, cuatro ilegítimos. El príncipe de Viana, tío de Alonso, tuvo tres descendientes ilegítimos. Fernando II, 5 legítimos y 4 ilegítimos. Nuestro arzobispo, 5. Cuatro con Ana de Gurrea. Además, andan de por medio los hijos de doña Aldonza, su madre, tenidos con su marido, el VII vizconde de Évol. El lector se siente por un momento perdido cuando encuentra referencias a los hermanos uterinos de don Alonso. A los familiares se suman los servidores. Todo un sinnúmero de personas desfila en torno a nuestro arzobispo y virrey, en su vida privada y en la pública. Reconstruir esas genealogías es un trabajo tremendamente costoso por las carencias documentales. Además, a la dificultad del número se suma la homonimia, que resulta cruel para el historiador y para el lector. De ahí lo

acertado de los árboles genealógicos que acompañan a la obra.

Don Alonso, y antes su padre y su abuelo, se preocuparon por la suerte de toda su descendencia, de la legítima, que desde su concepción tenía el futuro dictado, y de la ilegítima, a la que había que dar un lugar en la sociedad acorde con su origen. Ciertamente lo consiguieron. La Iglesia y las órdenes militares, con sus prebendas y cargos, fueron el destino de muchos de estos hijos extramatrimoniales. Otros pararon en la nobleza, en la alta nobleza. Don Juan como abuelo, don Fernando como padre, y más tarde don Alonso como primogénito, colocaron a los suyos en posiciones privilegiadas, pero, además, metidos de lleno en la dinámica social, defendieron los intereses de sus gentes frente a terceros cuando se disputaban herencias, patrimonios o, incluso, cuando tan solo se trataba de enfrentamientos banderizos.

Don Alonso, hijo de los amores adolescentes del futuro Fernando II y doña Aldonza Iborra, es el centro de la segunda parte. El estudio se ocupa de la educación, carrera, cultura e inquietudes intelectuales, su formación, su casa-palacio, donde deambulaban entre 150 y 200 personas, y desdice algunas de las afirmaciones que se han hecho sobre sus andanzas culturales. Don Alonso fue un cortesano y un hombre culto de su tiempo. Don Pedro Vaca se ocupó de formarle en la vida de la corte, en el arte de la caza, la cetrería y la guerra. La instrucción corrió a cargo de prestigiosos humanistas. Entre estos están el alcañizano Juan de Sobrarias,

Antonio Geraldini, Pedro Mártir de Anglería y Lucio Marineo Sículo. Don Alonso llegó a tener un buen dominio del latín y sentía un fuerte interés por la música. Es interesante señalar que entre los instrumentos de su palacio se encontraba un claviórgano construido por el moro Mahoma Moferriz. Don Alonso era, en definitiva, un príncipe del Renacimiento. No es difícil pensar que su padre sintió predilección por el fruto de sus primeros amores. Además de cuidar su formación, acumuló en su persona un ingente número de prebendas eclesiásticas, hasta el extremo de resultar ese encumbramiento poco ejemplar. No contento con eso, lo elevó a la condición de virrey de Aragón y, a partir de 1511, de Valencia y del principado de Cataluña. Como señala el autor, fue el hombre más poderoso de la Corona, y sería interesante conocer cuántos, en los tiempos modernos, llegaron a ostentar tal cúmulo de cargos.

La gestión política ocupa la tercera parte. Aquí se echan en falta unas páginas sobre la coyuntura política aragonesa y de la monarquía, que entiendo el autor da por conocida. Don Alonso, arzobispo, abad de varios monasterios y virrey, fue diputado en distintas ocasiones por el brazo eclesiástico, donde los insaculados no estaban por el nombre sino por la dignidad. De manera que el diputado no era don Alonso, sino el arzobispo, el abad... Pero a la vez era virrey. ¿Cómo se podía ser al unísono diputado y virrey sin que al parecer la cuestión plantease el menor rechazo? Nadie denunció la posible incompatibilidad, si es que la había. La sangre pesaba lo suyo, y no

menos la personalidad de este hijo natural. Es difícil entender el reconocimiento del que era objeto por parte de su padre, pero también por el reino, si antes no se lo había ganado con su conducta, su saber y sus ajustadas decisiones. La *auctoritas*, cabe pensar, que parece ejercer no le venía solo de la estirpe o del cargo desempeñado, sino de su personalidad. Como diputado sirvió al reino y como virrey y, en su momento, como capitán general, a su rey. Participó en el saneamiento de la hacienda del reino y en la guerra de Navarra, así como en otros conflictos menores, a total satisfacción del monarca. Su padre se preocupó desde su nacimiento por la suerte de su primogénito y también, siempre, por la de su madre. Después lo dotó de las más altas cotas de poder, religioso y secular. Ese poder otorgado, mantenido durante toda su vida e incrementado, es la prueba de una gestión acorde con los deseos de la monarquía. El arzobispo ejerció las órdenes de su padre, pero no fue servil. Mantuvo, cuando llegó el momento, su independencia, a veces con el disgusto y en contra de los deseos de su progenitor. Como hombre

de su tiempo fue un humanista, buen conocedor y aun dominador de la lengua del momento, el latín. Trató y se carteo con algunos de los más encumbrados humanistas de la época. A los italianos ya citados hay que añadir el francés Lefèvre d'Étaples. Por lo demás, repito, el libro ofrece una magnífica lección sobre qué era eso de la bastardía de estirpe y de la familia como argumento de poder y de compromiso cuando la Edad Media daba paso a la Moderna.

La monografía se lee muy bien. En apariencia resulta a veces minuciosa y en exceso compartimentada. Sin embargo, al finalizar su lectura emergen con claridad los principios que regían la vida de las personas y de la sociedad en el umbral de los tiempos modernos. Por su condición de tesis doctoral, el libro está escrito en un lenguaje académico. Ahora, la difusión de la biografía de este hombre excepcional exige una versión para el gran público. Hay material para ello, ejemplos a seguir y capacidad.

Gregorio COLÁS LATORRE  
*Universidad de Zaragoza*